

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE CÓMO SALVADOR SE PREVINO Á TIEMPO, Y MR. JACKAL DEMASIADO TARDE, PARA VESTIR Á SU GENTE DE GUARDIAS NACIONALES.

La aplicación de la ley sobre imprenta había llegado á ser imposible.

Hasta el mismo rey, por consejo del mariscal Oudinot, se había declarado contra ella.

Pero debemos antes decir, que esto no había sucedido sin ciertas premisas.

Estas premisas habían sido vanas y diferentes.

La principal había sido una revista, pasada por el rey á la guardia nacional.

Carlos X había podido juzgar en ella por sí mismo de la mayor ó menor verdad de los informes de sus ministros.

Pero las premisas debían, naturalmente, traer sus consecuencias.

Estas consecuencias eran, como hemos dicho, la derogación de la ley de imprenta.

Como se podrá comprender fácilmente, los ministros, en particular Mr. de Villele, no habían accedido á ello sin combatir hasta el último extremo.

Hasta habían ofrecido su dimisión.

Pero el rey no se había dignado aceptarla.

Y como no había otro medio para salir del círculo en que estaban encerrados que dimitir ó retirar la obra, objeto de tan vivos debates :

Y como la dimisión no les era admitida ;

Los ministros se vieron en la dura precisión de pasar por las horcas caudinas.

Es decir, que cedieron á la presión general.

Y esta presión se había obrado de singular manera.

Había ido subiendo como una marea creciente ; pero también con la rapidez de una inundación.

De una sola clase, la de impresores, había pasado á las demás.

De aquí á los escritores.

De los escritores á los hombres de ciencia.

De los hombres de ciencia á las notabilidades y eminencias políticas y parlamentarias.

De aquí á la Cámara de los Pares.

Eco de este murmullo creciente que amenazaba convertirse en gritería espantosa y temible, había sido el mariscal Oudinot.

El mariscal aconsejó á Carlos X.

Y como el rey hallase bueno el consejo del mariscal, lo impuso como voluntad suprema á sus ministros.

Y ante la voluntad suprema, los ministros cedieron.

Y se acordó la derogación de la ley que de tal modo había agitado á todo París.

Es decir, que la voluntad soberana fué el *quos ego* que calmó la tormenta que amenazaba.

La retirada de la ley, por otra parte, era un acto de prudencia, una medida de precaución, que evitaba á los ministros una derrota cierta y decisiva en la Cámara de los Pares.

Al día siguiente de la revista, en que el rey había apreciado también los efectos, y el mariscal Oudinot había juzgado también de la causa, el autor de la *Ley de amor*, Mr. de Peyronnet, pidió la palabra al principio de la sesión de la Cámara de los Pares, y leyó desde la tribuna una ordenanza, que reiteraba el proyecto de ley.

Un grito inmenso de alegría, lanzado á la vez de los cuatro puntos cardinales de Francia, y por todos los periódicos indistintamente, realistas y liberales, acogió esta determinación.

Por la noche, París estaba iluminado.

Inmensas columnas de obreros impresores recorrieron las calles principales de la ciudad á los gritos de *¡ viva el rey ! ¡ Viva la Cámara de los Pares ! ¡ viva la libertad de la prensa ! ...*

Estos paseos, este prodigioso concurso de curiosos que llenaban los boulevares y las calles laterales, afluyendo por todas las grandes arterias, hasta las Tullerías, como afluye la sangre al corazón, los gritos de esa multitud, la explosión de los cohetes lanzados desde las ventanas y balcones, la ascensión inflamada de estos voladores, que sembraba el cielo de efímeras estrellas, la prodigalidad de las luces colocadas en todos los edificios, á no ser los edificios públicos, todo este ruido, todo este brillo ofrecía un aspecto

de fiesta, un aire de alegría que no presentaban generalmente las solemnidades oficiales dispuestas ó mandadas por el gobierno.

Y no cedía en nada á la alegría de París, la de las demás ciudades del reino de Francia.

Y todas á porfía trataban de manifestarla de la manera más ruidosa y más brillante posible.

No parecía tanto que la nación acababa de alcanzar una de esas victorias, á que estaba acostumbrada, sino que cada francés había triunfado individualmente.

Esta alegría se manifestaba, en efecto, no sólo bajo las más diversas formas, sino también del más individual modo posible.

Cada cual buscaba una manera única, personal, exclusiva, *sui generis*, de atestiguar su alegría.

Aquí eran coros numerosos que se estacionaban en las plazas y calles, haciendo oír y llenando el aire con el eco de cantos nacionales.

Allí eran fuegos artificiales improvisados, que se prolongaban con toda clase de caprichos populares.

En un lado, bailes que duraban toda la noche.

En otro, alegres cuadrillas haciendo mil juegos entretenidos, mil divertimientos ingeniosos.

En este sitio, eran paseos con antorchas, ejecutados como las antiguas carreras á pie y á caballo.

En aquel, arcos de triunfo ó columnas cargadas de inscripciones.

Y por todos lados y en todas partes, deslumbrante magníficas iluminaciones.

Las de Lyon, sobre todo, fueron notables.

Las orillas de los dos ríos, las plazas principales de la ciudad, los numerosos terrados de sus numerosas casas y

calles se hallaron, por decirlo así, enlazados unos con otros, por cordones de fuego que reflejaban el Ródano y el Saona.

Marengo no había inspirado más orgullo, ni Austerlitz más entusiasmo.

Y era que una y otra victoria no eran más que triunfo.

Y la caída de la *ley de amor* era á la vez un triunfo y una venganza.

Era un compromiso contraído ante la Francia, por la Francia misma, de libertarla de aquel ministerio, que había tomado á empeño en arrancarle con cada uno de sus actos, una de sus libertades prometidas, garantidas y consagradas por el pacto fundamental.

Esta manifestación unánime de la pública conciencia, esta demostración popular, esta alegría espontánea del país entero por la retirada de la ley, dejaron estupefactos á los ministros, que resolvieron en la misma noche, en medio de todo aquel ruido y de todos aquellos rumores, dirigirse en cuerpo á buscar al rey.

Pidieron ser introducidos.

Se buscó al rey.

El rey no había salido, y sin embargo, no estaba ni en el gran salón, ni en su gabinete, ni en casa del Delfín, ni en casa de Mad. la duquesa de Berry.

¿Dónde estaba, pues?

Un ayuda de cámara dijo, que había visto al rey, acompañado del mariscal Oudinot, encaminarse hacia la escalera que conducía á la terraza del pabellón del Reloj.

Subieron esta escalera.

Dos hombres estaban en pie dominando todos esos gritos, todos esos rumores, todas aquellas luces, destacándose vigorosamente sobre el globo luminoso de la luna y

sobre las plateadas nubes que cruzaban rápidamente por la atmósfera.

Estos dos hombres eran Carlos X y el mariscal Oudinot. Anunciáronles la visita ministerial.

El rey miró al mariscal.

— ¿Á qué vendrán? le preguntó.

— Á obtener de S. M. alguna medida represiva de la pública alegría.

— Haced subir á esos señores.

Los ministros, muy admirados, siguieron al ayudante de campo, á quien el ayuda de cámara acababa de transmitir la orden del rey. Cinco minutos después el consejo estaba reunido en la plataforma del pabellón del Reloj.

La bandera blanca, la bandera de Taillebourg, de Bouvine y de Fontenoy se balanceaba graciosamente al capricho del viento.

Hubiérase dicho que estaba orgullosa al oír aquellas aclamaciones á que no estaba acostumbrada.

Mr. de Villele se adelantó:

— Señor, dijo, movido por el peligro que corre V. M., vengo con mis colegas...

El rey le interrumpió.

— Señor de Villele, le dijo, ¿traíais vuestro discurso preparado ya desde el ministerio de Hacienda?

— ¿Señor?...

— No rehusó escucharlo; os pido que desde esta plataforma, desde la cual se domina á París, veáis y oigáis lo que pasa.

Y el rey extendió la mano hacia el horizonte, deslumbrante á causa de la iluminación.

— Entonces, dijo Mr. de Peyronnet, ¿V. M. nos pide nuestra dimisión?

— ¿Y quién habla aquí de dimisión? Nada os pido: sólo os digo que miréis y que escuchéis.

Hubo un momento de silencio, no en la calle, porque ésta estaba más alborotada que nunca, sino entre los ilustres observadores.

El mariscal se mantenía aparte, con la sonrisa del triunfo en los labios.

El rey, con la mano extendida siempre y volviéndola hacia los cuatro puntos cardinales, dominaba, gracias á su elevada estatura, que doblegada de continuo con el peso de los años, recobraba toda su altura en las grandes circunstancias, el rey, decimos, dominaba á todos aquellos hombres.

En este momento, su pensamiento, como su estatura, les sobrepujaba también en elevación.

— Ahora, hablad, Mr. de Villelé, añadió el rey; ¿qué tenéis que decirme?

— Nada, señor, dijo el presidente del consejo; no nos resta más que presentar á V. M. el homenaje de nuestros respetos.

El rey saludó; los ministros se retiraron.

— Decididamente, mariscal, creo que teniais razón, dijo el rey.

Y volvió á sus habitaciones.

En el próximo consejo, el rey expuso á los ministros el deseo que tenia de pasar una revista el 29 de Abril.

En el consejo del 25 manifestaba el rey esta intención.

Los ministros, al pronto, trataron de combatir la voluntad del rey; pero esta voluntad era demasiado decidida y firme para que pudiera ceder á las malas armas del interés personal.

Entonces, se retrajeron á un detalle, que fué aislar los

guardias nacionales de los sediciosos y provocadores, que no dejarían de rodearlos.

Al siguiente día, 26 de Abril, se publicó la siguiente orden del día:

« Que habiendo el rey anunciado en la parada del 16 de Abril, que para dar una prueba de su benevolencia y satisfacción á la guardia nacional, tenia intención de revisarla, esto se verificaria en el Campo de Marte, el domingo 29 de Abril. »

Era esta una gran noticia.

Desde la víspera por la noche, es decir, desde el mismo día 5 un cajista, afiliado en las sociedades secretas, habia llevado á Salvador una prueba de la orden del día, que debia aparecer impresa al día siguiente.

Salvador era furriel en la undécima legión.

Fácil es comprender por qué habia aceptado y aun solicitado ese grado de furriel.

Era uno de los mil medios que empleaba el activo carbonario para ponerse en contacto con las opiniones populares.

Esta revista era una ocasión de tantear el espíritu público.

Salvador no la dejó escapar.

Más de quinientos obreros, cuyas ardientes opiniones conocia, habian rehusado siempre formar parte de la guardia nacional, motivándolo con que les ocasionaba gastos que no estaban en disposición de hacer.

Cuatro delegados escogidos por Salvador visitaron á estos hombres á domicilio. Cada uno recibió 100 francos, á condición de tener uniforme completo y compañía en que formar para el día 29.

Diéronseles también las señas de los sastres que pertenecían á la asociación.

Cada sastre se había comprometido á dar el uniforme completo para el día señalado, por la suma de 85 francos. Quedábale, pues, á cada uno 15 francos.

Lo mismo se hizo en cada partido de los de la capital. Los alcaldes y corregidores, casi todos liberales, estaban encantados con esta demostración.

No pusieron, pues, dificultad ninguna en suministrar el armamento necesario á los nuevos guardias nacionales.

Cinco ó seis mil hombres, que ocho días antes no formaban parte de la guardia nacional, fueron, pues, armados y uniformados.

Todos estos hombres debían obedecer, no las órdenes de sus coroneles sino la señal de un jefe, que ningún signo ostensible revelaba sino por una señal secreta.

Sólo que, como los más avanzados no creían aún llegada la hora, se había mandado por la *venta suprema*, que no se entregasen á ningún acto de hostilidad.

Por su parte, la policía estaba con el oído atento y la vista en acecho.

Pero, ¿qué hacer contra hombres que se apresuraban á obedecer las órdenes del rey?

Mr. Jackal incorporó diez hombres á cada legión; pero como no notase, hasta que estaba ya hecho, del movimiento que tenía lugar, hallóse con que había recordado demasiado tarde, y que los sastres de París tenían tanto trabajo, que la mayor parte de los hombres de Mr. Jackal, aunque perfectamente armados el domingo, no estuvieron uniformados hasta el lunes.

¡Era demasiado tarde!

CAPÍTULO II.

LA REVISTA DEL DOMINGO 20 DE ABRIL.

Desde el momento en que se publicó en París la orden del día, anunciando la revista, hasta el día en que tuvo lugar, sintiéronse en la ciudad esos sordos estremecimientos que preceden y anuncian las tormentas políticas: nadie podía decir lo que presagiaba aquella especie de fiebre, ni aun que presagiaba cosa alguna. Pero sin saber qué vértigo le arrastraba, todo el mundo, al encontrarse, se daba la mano y se decía:

— ¿Iréis?

— ¿El domingo?

— Sí.

— No faltéis.

— Descuidad.

Después se daban de nuevo la mano: los masones y los afiliados, y los afiliados en las *ventas*, con los signos de sus sociedades; los demás, sencillamente, y se separaban diciendo cada uno para sí:

— ¡Faltar! no por cierto.

Durante tres días, los periódicos liberales no hablaron de otra cosa que de la revista, excitando á los ciudadanos á que no faltasen, y recomendándoles la prudencia.

Ya se sabe lo que querían decir estas recomendaciones, cuando partían de la pluma de enemigos.

Esto quería decir:

— Estad prontos á todo acontecimiento, porque este está suspenso, y aprovechad la ocasión.

Estos tres días no habían pasado tampoco indiferentemente para los jóvenes héroes de nuestra historia.

Esta generación, que es sin embargo la nuestra (sea esto una ventaja ó una inferioridad), conservaba en esta época la fe, perdida, no por ella (la ha conservado en el corazón), sino por la generación que la ha seguido, y que es hoy de los hombres de treinta á treinta y cinco años.

Esta vez es el navío quien ha naufragado en las revoluciones que debían estallar en 1830 y en 1848, y que en esta época estaban todavía ocultas en el porvenir, como un niño que vive y se agita ya, pero que está oculto en el seno de su madre.

Cada uno de nuestros amigos había sentido la influencia de estos tres días; los unos activa, los otros pasivamente.

Salvador, uno de los jefes secretos, y de los jefes más influyentes del carbonarismo, esa religión de la época, alma de las sociedades secretas, organizadas, no sólo en París, sino en los departamentos y en el extranjero; Salvador había, como hemos visto, contribuido activamente á reforzar las filas de la guardia nacional con cinco ó seis mil patriotas, que hasta entonces no habían formado parte de ella.

Estos patriotas tenían uniformes y fusiles, que era lo principal; los cartuchos fácil sería procurárselos: en un día dado, pues, y á la hora convenida, se les hallaría con armas y uniformes.

Justino, simple fusilero en la undécima legión, Justino, que había descuidado hasta entonces esas relaciones entabladas en un cuerpo de guardia ó en las dos horas de

facción; Justino, desde que había visto en la propaganda carbonarista un medio de derrocar un gobierno, bajo el cual, un noble, apoyado en un sacerdote, podía impunemente turbar el reposo de las familias; Justino se había consagrado á la propaganda con tanta más actividad, cuanto que hasta entonces se había contenido para hacerlo.

Y como era querido, respetado y estimado, en su barrio, por sus virtudes bien conocidas, fué escuchado como un oráculo por sus vecinos, que en cierto modo no deseaban más que ser convencidos.

En cuanto á los otros tres, Ludovico, Petrus y Juan Robert, eran simples unidades, pero obrando cada uno en su centro.

Ludovico, obrando sobre sus jóvenes condiscipulos de derecho y de medicina, de los que se puede decir que se había separado la vispera.

Petrus, sobre toda esa juventud de los talleres, llena en aquella época de entusiasmo artístico y de fe nacional.

Juan Robert, sobre todo el que manejaba la pluma, y que siguiendo á un jefe reconocido, en el terreno del arte, estaba también pronto á seguirle á cualquiera otro terreno adonde quisiera conducirlo.

Juan Robert formaba parte de la guardia nacional de caballería.

Petrus y Ludovico eran tenientes en la guardia nacional de infantería.

Cada uno con sus preocupaciones de artes, de ciencia ó de amor, porque los corazones de los tres estaban abiertos á todos los generosos y buenos sentimientos, había visto llegar el día del 29 de Abril, sintiendo cada cual por su parte esa oscilación general que hemos hecho constar, sin que nadie pudiera especificar la causa.

La víspera, por convocatoria de Salvador, habían tenido reunión en casa de Justino.

Allí, Salvador, grave y sencillamente, había puesto á los cuatro amigos en autos de lo que pasaba.

Esperaba una demostración para el siguiente día, pero no un movimiento.

Les suplicó que se denominasen y que no pasaran á hacer nada grave, sin que por él mismo hubiera sabido que era llegado el momento de obrar.

Por fin, llegó el gran día.

Era verdaderamente un domingo, á juzgar por el aspecto que presentaban las calles de París.

Era más que un domingo, era día de fiesta.

Desde las nueve de la mañana, las legiones de los diversos distritos cruzaban París, con su música á la cabeza, y eran seguidas, bien por las aceras, bien por ambos lados de los boulevares, por la población del barrio que atravesaban.

Á las once de la mañana veinte mil guardias nacionales estaban formados en batalla delante de la Escuela militar.

Pisaban aquella tierra del Campo de Marte, tan llena de recuerdos, que había sido removida por sus padres en ese gran día de la Federación, que hizo de la Francia una patria y hermanos á todos los franceses.

El Campo de Marte era el único monumento que había quedado de aquella gran revolución, que había tenido la misión, no de edificar, sino de destruir.

Y ahora, ¿qué es lo que quedaba por destruir?

Á no ser esa raza vieja borbónica, de la que un miembro osaba en su ceguera, que es la enfermedad contagiosa de los reyes, venir á hollar esa tierra, más ardiente aún

que la lava del Vesubio, más movable que las arenas del Sahara.

Desde hacia muchos años la guardia nacional no había sido revistada.

Es un singular espíritu el que anima á esos soldados ciudadanos.

Si se les hace montar guardias, murmuran; si se los disuelve, se insurreccionan.

La guardia nacional, cansada de su inacción, había respondido al llamamiento que se la dirigiera.

Reforzada con más de seis mil hombres, uniformados de nuevo, presentaba un conjunto completo y magnífico.

En el momento en que se formaba en batalla, dando el frente á Chaillot, es decir, al lado por donde debía llegar el rey, trescientos mil espectadores se colocaban en los sitios que rodeaban ó dominaban el terreno de las maniobras.

Cada uno de estos trescientos mil espectadores parecía, con sus miradas de aprobación, con sus bravos prolongados, con sus vivas, sin cesar repetidos, felicitar á la guardia nacional por el cuidado que había puesto en presentarse dignamente á representar á la capital y á dar gracias con su presencia al rey, que acababa de acceder á los deseos de la nación, retirando la fatal ley.

Porque, preciso es decirlo, excepto en el corazón de los conjurados, que reciben de sus padres y que transmiten á sus hijos la gran tradición revolucionaria fundada por los Swedemborg y los Cagliostro, no había en aquel momento en el Campo de Marte, en París, en Francia, más que gratitud y simpatía para Carlos X.

Preciso hubiera sido tener una vista muy penetrante, para haber podido distinguir á tres años de distancia el 29 de Julio al través del 29 de Abril.

¿Quién hallará la palabra mágica de esas grandes conmociones populares, que en algunos años, en algunos meses, en algunos días con frecuencia derriban lo que estaba levantado, y levantan lo que está abatido?

El sol de Abril, ese sol todavía amarillo, que con el rostro cubierto de rocío mira á la tierra con el cariño y el amor de una desposada poética y amorosa Julieta, levantándose poco á poco de su tumba, dejando caer su sudario.

El sol de Abril brillaba detrás del domo de los Inválidos, é iba á favorecer y dar brillo y esplendor á la revista.

Á la una, las salvas y la lejana gritería anunciaron la llegada del rey, que se presentó á caballo, acompañado de monseñor el Delfín, del duque de Orleans, del joven duque de Chartres y de un inmenso estado mayor general.

La duquesa de Angulema, la duquesa de Berry y la duquesa de Orleans le seguían en carretela descubierta.

La vista de este brillante cortejo produjo un movimiento general en los espectadores.

¿Cuál es la sensación que en ciertos momentos agita nuestro corazón con sus alas de fuego, nos hace estremecer de los pies á la cabeza, y bueno ó malo nos hace lanzarnos á un partido extremo?

Empezó la revista.

El rey recorrió las primeras filas á los gritos de *¡ Viva la Carta ! ¡ viva la libertad de imprenta !* pero también á los más numerosos de *¡ Viva el rey !*

Habíanse hecho circular en todas las legiones avisos, que recomendaban el evitar toda manifestación que pudiera herir la susceptibilidad regia.

El que escribe estas líneas se hallaba aquel día en las filas y cogió uno de los impresos, que decía así:

AVISO Á LOS GUARDIAS NACIONALES, PARA QUE CIRCULE POR
TODAS LAS FILAS.

Ha corrido la voz de que las legiones tenían el proyecto de gritar, ¡ VIVA EL REY ! ¡ ABAJO LOS MINISTROS ! Esto no puede ser obra más que de los descontentos y malévolos que quieren hacer perder á la guardia nacional su carácter noble y pacífico.

El aviso, como se puede notar, era más prudente en cuanto al fondo, que elegante en su redacción y en su forma. Tal cual es, lo consignamos aquí como un documento histórico.

Durante algunos momentos, pudo creerse que los consejos del aviso se habían cumplido exactamente.

En el frente de la línea no resonaron más gritos que los de *¡ viva el rey ! ¡ viva la libertad de imprenta !*

Pero á medida que el rey penetró en las líneas, á los gritos mencionados comenzaron á mezclarse los de *¡ abajo los jesuitas ! ¡ abajo los ministros !*

El anciano rey, al oír esto, detuvo, á pesar suyo, su caballo.

El hombre era asustadizo como el animal.

Los gritos, que le desagradaban, se apagaron.

Volvió á aparecer la sonrisa que constantemente iluminaba su rostro, y que por un momento había desaparecido.

Continuó su camino á través de las legiones.

Pero entre la tercera y cuarta fila volvieron á resonar los gritos sediciosos, aunque los guardias nacionales se recomendaban eficazmente la prudencia.

Solamente que, sin saber cómo sucedía, esos gritos que

ellos trataban de ahogar á todo trance, se escapaban á pensar suyo de sus labios.

Había alguna cosa, algún elemento extraño, desconocido, eléctrico, en las filas de la guardia nacional.

Era el elemento popular, que bajo la influencia de los jefes carbonarios, se había mezclado en este día á la clase media.

Hirió de nuevo el orgullo del rey esos gritos, que parecían marcarle una regla de conducta política.

Por segunda vez se detuvo.

Hallóse frente á frente de un guardia nacional, de elevada estatura y aspecto hercúleo.

Era exactamente el tipo que Barye hubiese escogido para el hombre-león ó para el león-pueblo.

Este hombre era nuestro amigo Juan Taureau.

Blandía su fusil como una paja, gritando, él, que no sabía ni leer ni escribir :

— ¡ Viva la libertad de imprenta !

La energía de aquella voz, el vigor de aquella fisonomía, admiraron al rey.

Éste hizo andar dos pasos á su caballo, y se adelantó hacia aquel hombre.

Éste, por su parte, salió dos pasos fuera de filas.

Hay organizaciones que el peligro atrae, y siempre sacudiendo su arma, gritó :

— ¡ Viva la Carta ! ¡ Abajo los jesuitas ! ¡ Abajo los ministros !

Carlos X, como todos los Borbones, aun Luis XVI, tenía á veces gran dignidad.

Hizo señal de que á su vez tenía también él algo que responder.

Los veinte mil hombres callaron como por encanto.

— Señores, dijo, he venido aquí para recibir homenajes, y no lecciones.

Después, volviéndose al mariscal Oudinot :

— Mandad desfilar, dijo.

Y poniendo su caballo al galope, salió de entre las filas, para ir á colocarse en el flanco, delante de aquella masa confusa y tumultuosa.

El desfile empezó.

Cada compañía, al pasar, lanzó un grito.

La mayoría de estos gritos fueron los de ; *viva el rey !*

El rostro de Carlos X se serenó poco á poco.

Cuando concluyó el desfile :

— Pudiera esto haber sido mejor, dijo el rey al mariscal Oudinot. Ha habido algunos alborotadores ; pero la masa, la generalidad, es buena.

En total, estoy satisfecho.

Y volvió á galope á las Tullerías.

De vuelta ya en el castillo, el mariscal se acercó al rey.

— Señor, le preguntó, ¿ puedo en una orden del día hacer mención de la satisfacción de V. M. ?

— No veo inconveniente ninguno, respondió el rey, siempre que vea yo antes los términos en que estará expresada esa satisfacción.

Aquí el maestresala anunció que la mesa de S. M. estaba servida, y el rey, ofreciendo el brazo á Mad. la duquesa de Orleans, el duque de Orleans á la duquesa de Angulema, y el duque de Chartres á la duquesa de Berry, pasaron todos al comedor.